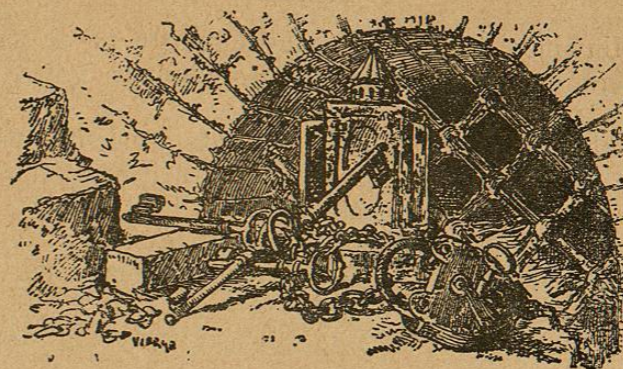


las últimas miserias del 93. Lo aguanta y lo sufre todo excepto el 31 de Mayo que le arranca el corazón. Esto no lo perdonó nunca.

El arrastró á la Montaña el 15 de Diciembre y él á su vez fué arrastrado. Mató al rey con la Montaña creyendo que rompía los obstáculos que detenían á la Revolución agraria, impidiendo que se desbordara. El rey parecía el límite, la barrera. Muchos creyeron que era imposible repasar la frontera como no fuese sobre su cadáver; que hacía falta un sacrificio humano, un hombre inmolado al dios de las batallas.

La autoridad y el ejemplo de quien representaba la revolución agraria debieron pesar mucho. Esta revolución no sangrienta hasta ahora, distinta de aquel drama, se convirtió en su auxiliar; la venta se envolvió en el proceso, creyéndose garantida con la condenación del rey; el asignado parecía asirse á la cabeza de Luis XVI.



CAPITULO VII

El proceso.—El rey en el Temple.—El armario de hierro (Noviembre-Diciembre 92)

El proceso del rey debió ser el de la realeza.—Opiniones de Gregorio y Tomás Payne. La Montaña y la Comuna cometen la imprudencia de excitar la piedad.—Estado de la familia del rey en el Temple.—Gastos considerables para los prisioneros.—Cómo se alimentaba el rey.—Interés que la Comuna demuestra á los servidores de Luis XVI.—Qué crédito merece la leyenda del Temple.—Documentos que el rey tenía en el armario de hierro.—Roland se incauta de los papeles y se los lleva.—Estos documentos no acusan casi más que al rey y á los curas.—Se reanuda el proceso el 9 de Diciembre.

Una vez acordado el proceso, solo á una cosa debíase aspirar para Francia, para el género humano, y es que, dándole toda su grandeza, no significara la sentencia de un individuo, si no la condenación eterna de la institución monárquica.

Conducido así este proceso tenía una doble utilidad: la de *reemplazar la realeza donde se encontraba verdaderamente*, en el pueblo, haciendo constar el derecho de éste y de comenzar para él el ejercicio de sus facultades en toda la tierra; por otra parte, *someter á la luz* el ridículo misterio del que la humanidad bárbara ha hecho durante muchos siglos una religión, *el misterio de la encarnación monárquica*, la peregrina teoría que supone un pueblo sabio concentrado en el cuerpo de un imbecil,—gobierno de la unidad que se llama, como si esta pobre cabeza no fuera ordinariamente el juego de mil influencias contrarias que se la disputan.

Hacía falta que la realeza fuese sometida á la luz del sol, abierta para que el pueblo viera dentro del ídolo carcomido la dorada cabeza llena de insectos y gusanos.

La realeza y el rey debían de ser útilmente condenados, juzgados, puestos bajo el cuchillo. ¿Debía este caer? Esto ya es otra cuestión. El, confundido con la institución muerta, no es más que una cabeza de ma-

dera vacía. Un objeto á quien sin hacerle sangre no se sabe si es ser viviente, pero que apenas derramadas algunas gotas parece que revive.

Desde este punto de vista la opinión más prudente, más sabia que se emitió en el proceso del rey ni surgió de la Gironda, ni de la Montaña. Salió de Gregorio y de Tomás Payne.

Gregorio votó con la izquierda y ni pertenecía á la Montaña ni á la Gironda. Payne fué elegido por la Gironda; tenía relaciones con ella, pero no era girondino.

Eran dos espíritus bravamente independientes que pasaban por bizarros. Gregorio, sanguíneo, colérico, exaltado, inquieto, estaba en desacuerdo con su indumentaria de cura. Payne era más flemático que un inglés, que un americano; cubría con la placidez aparente de un cuáquero, un alma más naturalmente republicana, como quizás no fué la de ninguno de los grandes campeones de la República.

El discurso de Gregorio fué un ataque fulminante para Luis XVI. Es preciso juzgarlo, dice; pero tanto ha hecho para que se le desprecie que *no ha dejado lugar para que se le tenga odio*. El rasgo final fué abrumador. El día 10 de Agosto sus servidores morían por él, mientras el rey comía tranquilamente en la Asamblea.

Payne en una carta que escribió á la Convención se pronunció contra la inviolabilidad. Deseaba el proceso del rey no por Luis XVI, pues esto no valía la pena, si no como el principio de la *instrucción judicial contra la bandada de reyes*. «De estos individuos tenemos uno en nuestro poder. El nos pondrá en camino para la conspiración general. Hay grandes prejuicios sobre Mr. Guelfe, elector de Hannover, en su calidad de rey de Inglaterra. Si por el proceso de la realeza se averigua que el rey ajustó alemanes, dando dinero inglés al *landgrave* de Hesse, al execrable traficante en carne humana, será un beneficio para Inglaterra sentar estos hechos.

La Francia convertida en República tiene interés en realizar una revolución universal. Luis XVI es muy útil para demostrar á todos la necesidad de las revoluciones.»

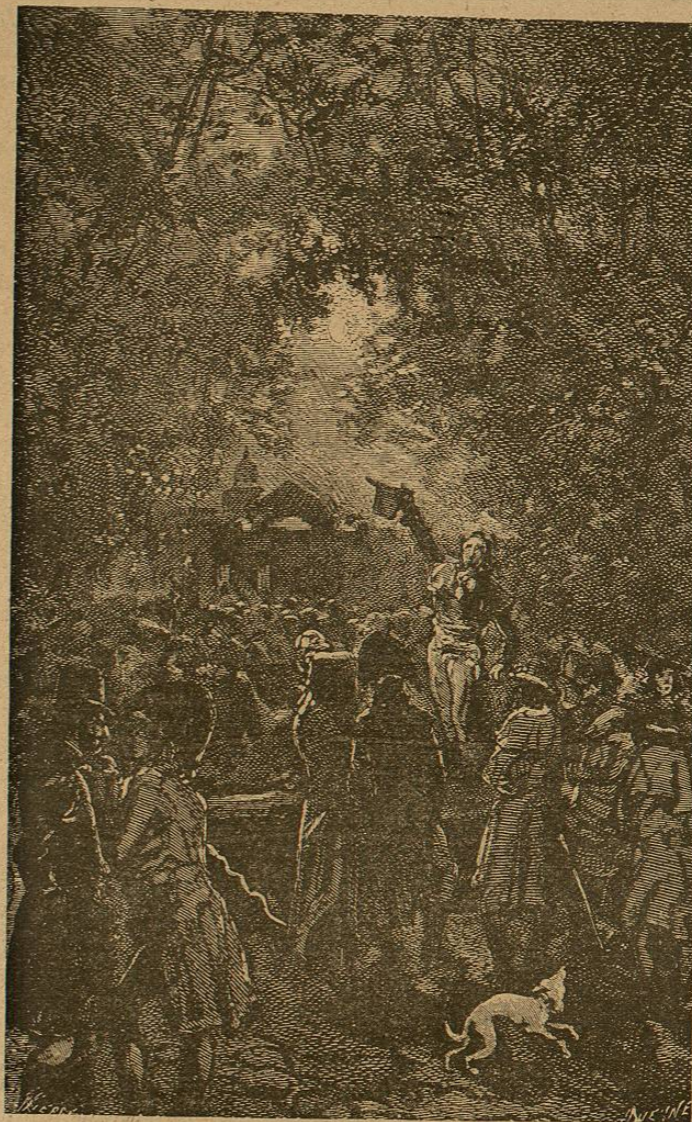
Que la forma fuera ó no arrogante no importa. El fondo fué la misma sabiduría. Era necesario procesar al rey, á la realeza, hacer el proceso general de los reyes. El solo pueblo que fué república, es decir, que fué grande agitábase por todos los demás que eran muy pequeños, procediendo contra tutores infieles. Engrandeciendo el proceso y transportándolo á una esfera superior, la Francia se elevaba. Sentábase como juez en la causa general de los pueblos, mereciendo el reconocimiento del género humano.

Ni la Montaña, ni la Gironda parecían haber comprendido esto. Una y otra dieron al proceso un carácter sobradamente individual.

Cabe dudar si hubiese sido más conveniente no comenzar el proceso. Pero una vez decidido era necesario entrar franca y resuelta-

mente, sin oponer obstáculos, sin demora, vigorosamente. No fué esto lo que hizo la Gironda. Dejóse arrastrar y se hizo sospechosa.

Fué tan torpe que concluyó por inspirar la creencia de que era



Se estremecía entero sintiendo la necesidad suprema que llegaba de lo alto. (Pág. 472)

realista (lo que era falso) y de que quería proclamar la inocencia del rey (lo que era falso también). La desconfianza y el espíritu de contradicción fueron aumentando; una muchedumbre, moderados hasta entonces, se indignaron ante la idea de que se quería escamotear al culpable,

y desde aquel momento desearon con mayor encarnizamiento la cabeza de Luis XVI.

La Montaña por otra parte mostró una pasión verdaderamente furiosa, hasta el extremo que excitó la piedad hacia el rey. Ella fué en realidad la que hizo creer en la inocencia del rey. Un hombre tan cruelmente perseguido no debe ser culpable. Esta fué su disposición de ánimo más generosa que lógica. La Montaña vence al fin á la Gironda, la aplasta, la envilece.

Enalteció á Luis XVI, lo glorificó colocando una aureola en su frente. Triunfó de la Convención, perjudicándose ante el género humano.

Pero el golpe más grave, el más cruel que pudo descargarse sobre la Revolución, fué ciertamente la ineptitud de los que tuvieron á Luis XVI en constante evidencia bajo los ojos de la población y en comunicación con ella, dejando que lo vieran todos como hombre y como prisionero, que se enteraran de sus cosas más interesantes, su hogar, mostrándolo rodeado de su familia prisionera como él, sin olvidar detalle alguno que no inspirara piedad, que no arrancara lágrimas.

Dadme un prisionero, el menos interesante de los hombres, por culpable que sea y abominables que sean sus crímenes y con el régimen que la Comuna estableció en el Temple, os hará llorar á todos.

Cada día la Comuna enviaba menos guardias municipales al Temple. Diariamente un nuevo destacamento de guardias nacionales hacía el relevo interior y exterior. Llegaban estas gentes, la mayor parte contrarias al rey, saturadas de la pasión de la época, con los ultrajes en la boca. ¿Cómo salían al día siguiente? Enteramente cambiados.

He aquí una conversación entre un guardia y su mujer que lo esperaba impaciente: «Y bien: ¿has visto al rey?—Sí, contestó triste el hombre.—Pero ¿cómo está? ¿qué hace? A fe mía que no puedo decir si no que el tirano tiene cara de ser un buen hombre.—Lo hubiera tomado sin saber que es el rey por un rentista de Marais. Pasa el tiempo después de hechas sus oraciones con sus hijos estudiando, leyendo latín.—¿Y qué más?—Busca el desciframiento de los misterios de Mercurio para distraer á la reina.—¿Y que más?—Por la noche seguramente cuida de su ayuda de cámara. Se levanta en camisa para darle un vaso de tisana.»—Júzguese el efecto de estos ingenuos detalles. La mujer prorrumpe en sollozos y el marido deja que se le escapen las lágrimas.

Lo que más sorprendía á los guardias nacionales, haciéndoles creer en la inocencia del rey, era la tranquilidad de su sueño. Todos los días después de comer, dormíase dos horas, en medio de su familia y entre el ruido de los que iban y venían. Era el sueño de un hombre de tranquila conciencia, que se sentía justo y bien con Dios.

Grueso como estaba, el ejercicio le era muy necesario. Sufría mucho en la cárcel. La humedad de la torre hízosele coger, á la entrada del invierno, reumas y fluxiones. Su hermana madama Elisabeth, joven y

robusta, de veintiocho años de edad, tenía el mismo temperamento. En su virginidad pura sufría mucho de la sangre, de los humores. Fué necesario instalar en el Temple una estufa. Pasaba el tiempo cosiendo ó arreglando los muebles ó leyendo los oficios. La pobre princesa no tenía por cierto elevadas devociones, ni mucha instrucción, si se juzgan estas cualidades por sus cuadernos de muchacha que tengo á la vista. En las Tullerías intentó aprender el inglés y el italiano, estudiando este último idioma en el libro más necio religioso que persona haya conocido, la *Canonización del bienaventurado Labré*, escrito en el siglo pasado.

Aunque la vigilancia fuera escrupulosa en el gobierno de la Convención, joven aun en los procedimientos tiránicos, era muy fácil llegar hasta el rey. Bastaba para eso ponerse furioso el ciudadano, gesticular, vomitar injurias contra Luis XVI. No solamente la guardia se aproximaba al rey para contemplarlo, si no que los obreros que trabajaban en la torre y otros desconocidos acercábanse sin pretexto ni motivo, por curiosidad exclusivamente. Algunos acechaban por medio de esta comedia de cólera patriótica el momento de servirle y serle útil. Esto no lo comprendió siempre la familia real. Esta comía, engordaba con ostentación mientras el rey ayunaba. Indignose la familia del rey contra un médico que solicitó permiso á la Convención para dar en la Cámara real una conferencia sobre la educación democrática que convenía al Delfín. El objeto de la más viva aversión de aquella familia era el conserje, el zapador Rocher, que no perdía ocasión de insolentarse. Este hombre era un agente de Petion colocado por la Gironda. Pertenecía al partido que quería ahorrar la sangre del rey. Detestado por la familia real, fué denunciado á los clubs y ni siquiera quiso justificarse ante los Jacobinos. Fué reemplazado en Diciembre.

Los tratos de que el rey hubiera podido quejarse no los aprobaba la Convención, ni los autorizaba. Petion concibió la idea de trasladar al rey al centro de Francia, lejos del motín, lejos de París, donde su presencia agitaba á las masas, en una residencia digna de un rey descalzo, en Chambord, idea humana, política quizás. Se temió en alguna tentativa de la Vendee. Se pensó en el Luxemburgo, pero había el peligro de una fuga por las catacumbas. La Comuna exigía que se le tuviera en el Temple y la Convención lo votó así.

Fué en el mismo instante de la traslación y cuando Petion había conducido á la familia real al palacio cuando la Comuna, alarmada por una denuncia, decidió encerrarla en el Temple. La ejecución de esta orden era difícil. Nada había prevenido.

La torre jamás había sido habitada, más que por un portero desde hacía dos siglos.

Este alojamiento abandonado no ofrecía en su reducido circuito más que miserables desvanes, húmedos zaquizamás, viejas camas. El mismo Manuel enrojoció cuando condujo al rey. Se trabajó inmediatamente para convertir la torre en sitio habitable.